

Bartolomé y pueblo de Baigorri, ascendió al fuerte de Santa Bárbara de Oteiza y escribió á Elio una carta que era un programa, ó mas bien una alocucion, pues le decia que al llegar los momentos críticos daba gracias al cielo por proporcionarle á él y á su ejército la ocasion de patentizar que eran dignos sostenedores de la causa de Dios y de la patria. «Si llegan hasta tu retiro noticias funestas de mi campaña, no desmayes, mi viejo soldado. Las grandes causas sufren á veces grandes reveses. Semejantes al altivo cedro, se doblan á impulso del huracan, pero no se rompen, para levantarse despues con majestuosa gallardía. Si perdemos una batalla, buscaremos sobrada revancha. Un triunfo definitivo sin contratiempos, no tiene gloria. La virtud es tanto mas meritoria cuanto mas grande ha sido la lucha. Lucharemos, pues, amigos míos, y venceremos, porque Dios está con nosotros. Ruégale que no me abandone, mientras yo le ruego que conserve tu vida.» Regresó por Alsasua á Tolosa, y recorrió despues los puntos avanzados de la línea de Guipúzcoa.

Esperaban los carlistas que comenzarían las operaciones por la extrema izquierda liberal, por considerarla el punto mas estratégico, aunque no el mas seguido por todos, continuándolas despues por Guipúzcoa; Pérula temia mas por Navarra, y escribia que si eran allí derrotados, todos los carlistas sucumbirían sin luchar apenas. A Navarra y Vizcaya necesitaban acudir, porque sobre ambos puntos iban á caer cual irresistible avalancha numerosas tropas liberales.

Sospechaban los defensores de don Carlos que el principal objetivo de Martínez de Campos sería apoderarse de la frontera francesa, colocando en ella un cuerpo de ejército que, operando á retaguardia de ellos, pudiera invadir todo el país y producir funestas consecuencias para los carlistas; pero confiaban en que no podrían los liberales forzar sus líneas y llegar á la frontera; y que, aun cuando lo consiguiesen, podrían los carlistas dejar aislado el cuerpo de ejército que efectuase aquella operacion y concluir con él antes que pudiesen socorrerle. No dudaban que Moriones podia correr por Irun á Vera, pero confiaban en la fortaleza de la línea de Guipúzcoa; para impedirlo necesitaba Martínez Campos atravesar toda Navarra, un extenso territorio dominado por los carlistas.

Se pensó que Loma iniciara las operaciones sobre la línea del Cadagua, apoyado directamente por Moriones, á fin de amenazar por retaguardia las fuerzas carlistas que ocupaban á Guipúzcoa, á lo cual contestó el segundo desde San Sebastian que necesitaba su cuerpo de ejército completa libertad de accion para salir del círculo que le ahogaba; que su situacion era especial, por no tener mas apoyo que aquella ciudad ni otra comunicacion que la insegura por mar, y obligado á permanecer en un terreno reducido y encerrado en una línea enemiga, como pocas fuerte; que nunca podia darse por terminado el estudio de aquellas posiciones, en las que el terreno impedia el desenvolvimiento de la menor maniobra, «robustecido por numerosas obras de fortificacion, muchas de ellas permanentes y acasamatadas en alturas inaccesibles, unidas por comunicaciones cubiertas y blindadas, y sembrado todo por innumerables trincheras y fosos; y todo tan hábilmente dirigido y ejecutado que no hay manera para estas tropas de moverse sin que no lo hagan siempre á la vista y bajo el fuego cruzado de los enemigos. He conocido, añadia, varias situaciones críticas por las que ha pasado nuestro ejército en esta guerra, y no considero ninguna tan asfixiante y peligrosa como la actual.»

Loma, de acuerdo con Villegas, consideró necesario, como base de todas las operaciones en Vizcaya, establecer lo primero la línea del Cadagua hasta Bilbao; concertando su movimiento, que consistia en extender su derecha sobre Viérgol y adelantar por la izquierda hasta Nava, á fin de estar encima de las líneas carlistas del Berron y monte Celadilla sobre Valmaseda, apoderarse de esta, subir á la sierra de Ordunte, caer sobre Mollinedo y no parar hasta dominar la carretera de Valmaseda y Avellaneda, combinando estas operaciones de doble movimiento envolvente con la subida de fuerzas de Bilbao á la altura de Santa Agueda, corriéndose por la cresta á tomar posicion en Galdames ó Triano sobre Sodupe. Así los

carlistas se verían envueltos y atacados por tres puntos á la vez y en gran peligro, sin mas retirada que hácia Galdames y Durango. Telegrafíole Quesada que hiciera el movimiento preparatorio que proponia, y lo ejecutó tan exactamente como lo habia proyectado, quedando las tropas en los nuevos cantones y la línea avanzada ocupada por el general Villegas, despues de algun fuego en las avanzadas del Berron, y en el ataque á la torre de Gipano, con algunas pérdidas. A los ocho dias, mejorado algun tanto el tiempo, atacó Goñi las posiciones de Balmaseda, apoderándose del monte de Celadilla y entrando en la poblacion á costa de algunas bajas; Villegas se situó en Güeñes y sobre Sodupe; Espina fué por el valle de Carranza; Cassola desde Bilbao, se apoderó de Santa Agueda, las Cruces, San Felipe y Pilon de Azúcar, y se unieron estas fuerzas con las de Villegas. Carasa, que mandaba aquella parte de la línea carlista, se vió precisado á retirarse á Zornoza y sus inmediaciones: un batallon, el de Arratia, se tiroteó desde las alturas de Dima con las tropas de Quesada. Este habia ocupado la línea de Villarreal como se proponia, apoyando su derecha en Arlaban y su izquierda en Múrua, venciendo escasa resistencia. Córdoba ocupó á Ochandiano, Alarcon, San Antonio de Urquiola; quedó enlazada la comunicacion con Durango; Ciria arrojó á los vizcainos y sedentarios de las elevadas alturas en que hicieron frente y el general en jefe penetró en el valle de Arratia, donde pereció el brigadier Verdú. Siguió por Ceberio y Arrancudiaga á Miravalles, presentándosele una compañía de sedentarios, y entró en Bilbao en la tarde del 1.º de febrero de 1876.

En contacto Quesada con la extrema izquierda liberal, no solo se estableció sólidamente la línea del Nervion sino que se abrió el camino á Zornoza y Durango, á donde se retiraron los carlistas sin oponer los obstáculos y la resistencia que podian haber opuesto en posiciones tan favorables: dejaron libre al enemigo la entrada á Guipúzcoa y Vizcaya.

La division carlista de Guipúzcoa, que contaba sobre 6,200 hombres, ocupaba una línea de casi constante combatir, con mas de 100 fuertes ó reductos, baterías y trincheras, para ofender á Guetaria, Hernani, San Sebastian, Rentería, Pasajes é Irun en posiciones bien elegidas. Mas que triplicadas eran las fuerzas liberales que las carlistas, pero las posiciones de estos importaban mas que el número de sus enemigos. Hernani seguia bombardeado; habia ya recibido sobre 10,000 proyectiles y unos 2,300 San Sebastian: acercábase sin embargo el término de aquel alarde de fuerza sin obtener resultado positivo, porque no decaía el ánimo de los defensores de aquella heroica villa, ni amenguó en lo mas mínimo la decision de los liberales de la ciudad.

Reconoció Moriones la línea enemiga, comprendió los grandes sacrificios de sangre que iba á costar al ejército si se decidia á romperla, y adquirió el convencimiento de que lo menos costoso seria tomar las posiciones de Garate. Entreteniéndose con algunos amagos á los carlistas, envió á Guetaria á Maríné, embarcado sigilosamente en Pasajes, se apoderó valerosamente de las elevadas posiciones de Garate y quedó libre Guetaria de su largo asedio.

A este puerto se trasladó Moriones, donde reunió 14 batallones, teniendo por objeto envolver las líneas enemigas.

Al mismo tiempo se apoderaban los liberales, cerca de Hernani, de las posiciones y reducto de Vidarte, á costa de 300 bajas, tanta fué la resistencia que los carlistas opusieron. No fué menor la que presentaron en Mendizorrotz y Arratsain y donde se repitieron las cargas á la bayoneta; peleóse cuerpo á cuerpo; consiguieron los liberales dominar el Bordacho, rodeándole, siendo tal su posicion que le habia considerado inatacable el mismo Moriones: defendian este punto unos 40 carlistas, y agotados los cartuchos y granadas de mano, se defendieron á pedradas, arrojando hasta las tejas: rechazaron toda propuesta de rendicion, y auxiliados oportunamente, hicieron retroceder á los que en tan apurada situacion les tenian. En estos últimos ataques experimentaron ambos combatientes unas 700 bajas. Los carlistas celebraron con repiques de campanas el haber rechazado á sus enemigos: necesitaban inspirar aliento y confianza. De parte de los liberales, nada mas elocuente y gráfico que las siguientes palabras de

la comunicacion oficial del mismo general señor Morales de los Rios, que dirigió aquellas acciones. «Ha habido bravura en las tropas, poca inteligencia en algunos jefes encargados de los detalles, y olvido por parte de los jefes de brigada de las instrucciones que verbalmente y repetidas veces les he dado.»

Todos olvidaron las instrucciones recibidas. Moriones solo ordenó se hiciera una demostracion sobre las líneas de Arratsain, no empeñar combate; que se repitiera al dia siguiente el ataque hasta ver si se podia conseguir apoderarse de la derecha del Oria, para comunicarse con el cuerpo que estaba en Guetaria, que operaria en el mismo sentido, para conseguir despues un paso por el rio. Tan precisas instrucciones no se cumplieron, culpándose al general Morales de los Rios, no á los demás jefes y brigadieres.

El 1.º de febrero regresó Moriones á San Sebastian, donde recibió tres batallones mas. Le avisó Quesada avanzase sobre Cestona para comunicarse con Loma que se dirigia por Marquina á Elgoibar y Deva, mientras iba el general en jefe á Elgueta; Moriones contestó que remediada la mala situacion en que habia quedado la division Morales se embarcaria para Guetaria, si la mar lo permitia, creyendo poder efectuar el movimiento que se le prevenia.

Los carlistas, en tanto, satisfechos con el triunfo obtenido, reanudaron el bombardeo de San Sebastian. Hasta la madrugada del 6 de febrero, el total de los proyectiles lanzados á la ciudad ascendia á 2,177. Tambien se reanudó el bombardeo de Hernani.

Proponíase Moriones llamar fuertemente la atencion de sus enemigos sobre Garatemendi, por medio de ataques falsos á las posiciones de las Meagas é Indamendi; embarcar de noche tropas en Guetaria, que desembarcando en Pasajes y en San Sebastian y unidas á la tercera division, atacaran por sorpresa las posiciones centrales de la línea carlista, apoyando despues las tropas que desde San Sebastian y por la carretera de Hernani marcharian sobre Santiagomendi: el fracaso que experimentó la division de Morales de los Rios lo impidió todo, se abandonó por completo este plan y se esperaron los movimientos del ejército de la izquierda, que seguia avanzando.

El de la derecha, formado casi todo de las fuerzas de Cataluña, se reunia en Navarra. Su jefe el general Martínez de Campos trató de inspirar confianza en el país, ordenando que á nadie se molestara: cesaron los destierros, terminando así muchos abusos cometidos con formas legales, y desistiendo del ataque á Estella, juzgó lo mejor dirigirse al Baztan con suficientes fuerzas; dejó á Primo de Rivera instrucciones para atacar á Santa Bárbara de Oteiza, enviando una brigada á amagar á Monte Jurra, y emprendió Campos su movimiento el 29 de Enero, tomando las posiciones de Aluzza y Elcano. Siguió el ejército su marcha por los altos de Zay y de Zubiri, pernoctó en Saigós despues de sostener varios tiroteos durante la marcha, que se hacia por fuera de caminos y por bosques frondosos, lo cual, y el estado del piso, hizo que la retaguardia no pudiera pasar del alto de Belzunegui: contrariando esto bastante al jefe liberal, por no serle posible sorprender el puerto de Velate, á donde supo se reconcentraban algunos batallones carlistas, se decidió á tomar el de Eugui, de donde salió, y á las 9 de la noche empezó á llegar la vanguardia á Elizondo, sin saberse si habia ó no enemigos en esta poblacion. Aquí se encontró sin raciones, pues aunque habia dado tres al soldado y llevaba una en las acémilas, con tan penosa marcha las perdió, produciendo esto un gran conflicto. No habia mas remedio que avanzar á toda costa para proporcionarse víveres y calzado en Francia, y decidió apoderarse de Dancharinea sin disparar un tiro, por no violar el territorio francés: algunas fuerzas con picos abrieron paso; así se restableció la comunicacion con Francia, y el general Blanco llegó á Urdax, abandonando la aduana los carlistas; no pudo ir Campos á Vera al dia siguiente por estar descalzos muchos cuerpos, y lo sintió, porque su posesion le habia de costar despues muchas bajas, á causa de que daba tiempo á los carlistas para prepararse en tan accidentado terreno, dificultando mas la operacion la gran nevada que cayó por espacio de 4 dias.

Primo de Rivera se apoderaba el 30 de enero del fuerte de

Santa Bárbara de Oteiza, á costa de muy sensibles pérdidas. Esta conquista ponía á aquellas fuerzas liberales en tan excelentes condiciones como eran fatales las en que quedaban los carlistas, que no podian hacerse ya muchas ilusiones. Si la ocupacion del Baztan por los liberales sorprendió á unos carlistas, parece que no la ignoraban otros, que hubieran podido, sino impedir, porque no tenian fuerzas bastantes que oponer á las muy superiores de sus enemigos, si estorbarla mucho y no dejar pasar columna alguna, porque el terreno favorecia perfectamente la defensiva. Si en los liberales hubo excelente prevision, vióse en sus enemigos algo mas que indisculpable confianza y lamentable descuido.

En cuanto supo don Carlos la entrada de los liberales en el Baztan, llamó á Tolosa al conde de Caserta, conferenciaron el 2 de febrero, se comprendió lo terrible de su situacion, teniendo al enemigo á retaguardia, y aunque se confió en que, quedando aisladas las fuerzas de Martínez de Campos, podian atacarla con éxito y hacerlas entrar en Francia, lo cual pudieran haber hecho ó intentado á estar mas prevenidos, no era ya posible en cuanto el jefe liberal estableció sus comunicaciones con Francia, apoderándose de Dancharinea y se fortificaba en Elizondo. Todo lo que no hubieran hecho los carlistas el primer dia era despues inútil.

Corrió el conde á unirse con Pérula que estaba en Leiza, para atacar á Campos ó contenerle al menos, y se situaron fuerzas en Vera para impedir que los liberales de San Sebastian se diesen la mano con los de Elizondo; pero otra fuerte nevada estorbó las operaciones. Al detener estas nevadas á unos y otros combatientes, perjudicaron mas á los carlistas que á los liberales, porque necesitaban aquellos mas movilidad. Caserta y Pérula llegaron el 3 á Vera con dos columnas reuniendo un total de doce batallones, dos escuadrones y ocho piezas: marcharon aquellos dos jefes á Narbarte, y Larumbe á Peñaplata. Don Carlos deseaba se atacara y lo mandaba á Caserta y á Pérula, que no podian hacerlo por la superioridad de fuerzas de su enemigo y las posiciones que habia tomado, impidiéndolo tambien la constante nevada de aquellos dias. Nuevas disensiones entre los jefes carlistas empeoraron la situacion de su causa.

El ejército de la izquierda avanzó el 4 de febrero á Durango y Guernica, llegando el dia siguiente á la primera y ocupándola sin la menor resistencia, siendo de notar que tratándose de un pueblo eminentemente carlista, solo se ausentó el alcalde, y se recibió á las tropas con repique de campanas. La brigada Ciria, que ocupaba la vanguardia, peleó en Abadiano y sus inmediaciones con los carlistas, que á las ocho de la noche se retiraron á Elorrio, contando unos y otros combatientes mas de 200 bajas. Sangre derramada inútilmente, y aun se empeñaban en derramar mas los fanáticos defensores de una causa que llamaban santa y era parricida; cuando ni aun la esperanza de triunfo podian abrigar, perdida ya por ellos casi toda la provincia de Vizcaya, y cuando acabaran de perderla toda, sucederia en grande escala lo que en pequeña acontecia, las deserciones, pues llegaron á presentarse en tres dias 142 individuos.

Los carlistas que ocupaban los altos de Elgueta iban á verse en breve envueltos: algunos de sus jefes confiaban en que no habria combate, porque siendo cuestion de tiempo el tenerse que retirar de aquellas posiciones y dejar libre el puerto de Elgueta, podrían pasarle los liberales sin disparar un tiro ni derramar una gota de sangre: debió haber habido menos precipitacion por parte de los liberales y excusado la accion, que duró seis horas y fué encarnizada, porque resistieron tenaces los carlistas al abrigo de sus excelentes posiciones, excepto los batallones de Bilbao, Durango y Orduña, que se mostraron débiles. Sobre 400 bajas experimentaron los liberales y 300 los carlistas.

Vizcaya estaba perdida para estos. Prescindiendo de que las triplicadas fuerzas de Quesada podian envolver todas las posiciones de aquellos, el avance de Loma por Marquina y Elgoibar les envolvia completamente y tenian que retirarse antes de que llegaran á Vergara si no querian verse copados. Era imposible la lucha con tan superiores fuerzas, que bastaban ellas solas para terminar la guerra. De nada servia



que los carlistas se parapetasen en los altos de Descarga ni en los de Elosua, ni en los que defienden el camino de Azpeitia á Tolosa, cuyos desfiladeros se prestaban á la defensiva, porque en todas partes podían verse atacados por el frente, por los flancos y por retaguardia, y en tales condiciones no hay defensa posible.

Empeoraba á cada momento la situación de los carlistas, y para hacerla mas crítica, al pedir el conde de Caserta raciones, las negó la diputación de Guipúzcoa, y el que se llamara mas gente á las armas, como incesantemente pretendían algunos jefes. Confiaban otros, por ciertos tratos con conocidos federales, que se efectuaría una revolución, sobre lo cual se cruzaron telegramas significativos.

Quesada penetró en Guipúzcoa, ocupando á Vergara. Moriones avanzó á darse la mano con Loma y Villegas, que habían triunfado en Mendaro y Sasiola, y se unieron luego en Azcoitia, extendiéndose la línea liberal desde Oñate y Mondragon hasta Deva y Zarauz. En todos los pueblos se recibía á las tropas con repique de campanas: las presentaciones á indulto eran grandes.

Abiertas por don Alfonso las primeras Córtes de la nueva monarquía, el 15 de febrero, manifestó ante ellas su obligación y deseo de contribuir personalmente á la pronta conquista de la paz y marchó la noche siguiente á Vitoria, el 18 á Vergara, dió el 19 una orden general al ejército condenando tan injustificada guerra y la temeraria obstinación de sus sostenedores y revistó en Azcoitia y Azpeitia algunas fuerzas.

Los carlistas habían retrocedido á Ormaiztegui para cubrir la línea del Segura y comunicar con las fuerzas situadas en la Barranca; convocó don Carlos consejo en Beasain para que le iluminara en tan críticas circunstancias; acordóse en él, á propuesta del joven don Leoncio Grande, caer de improviso todas las fuerzas carlistas que se podían reunir inmediatamente, mas de 10,000 hombres y 14 piezas de montaña, sobre el flanco derecho enemigo, que se apoyaba en Mondragon y Oñate, mas al siguiente día se hizo imposible la realización del plan. Desertaban muchos carlistas con armas y municiones, y se notaban síntomas de descontento en los que quedaban.

Para realizar el plan acordado en el consejo celebrado en Beasain, se llamaron los batallones 4.º y 5.º de Castilla, que estaban en el Baztan, y Campos, aprovechando la marcha de estas fuerzas, rompió por el punto que ocupaban, y no había sido cubierto, no obstante las órdenes de don Carlos. Tratóse de remediar esta falta, pero ya era tarde, era de todos modos necesaria la marcha rápida sobre el Baztan de fuerzas bastantes á atajar en su avance á los liberales é impedirles llegar á Vera, y corrieron Caserta, Cervero y Brea, regresando el 4.º y 5.º de Castilla, que acababa de llegar á Villafranca, marchando también los cántabros. A poco fué allí don Carlos desde Tolosa, despues de saber que los guipuzcoanos tenían que abandonar la línea de San Sebastian, replegándose sobre su derecha.

Las tropas liberales avanzaron, sosteniendo algunas fuerzas de Loma un ligero combate en el monte Hernio, haciendo los carlistas derramar sangre inútilmente, porque á nada conducía la defensa de aquella posición, estando á su frente Loma con 20 batallones y Quesada en la carretera de Azpeitia á Tolosa, donde entró don Alfonso el 21, recibido con verdadero entusiasmo: su presencia era la paz tan deseada.

Campos, que había querido penetrar en Guipúzcoa é impedirse las nieves y la falta de aprovisionamiento y de calzado, consiguió, sin embargo, su primer objetivo, que fué la destrucción de las fábricas de Urdax y Vera, y ocupar á Dancharinea, privando á los carlistas de valiosos recursos. Necesitaba avanzar á Vera, lo cual había de facilitarle la brigada Navascués favoreciendo el establecimiento de puentes en Enderlaza para pasar el Bidasoa; «sino, lo juzgo imposible, por ser invadible y tener los carlistas minado el puente de Vera.» Y añadía en este importante telegrama: «Reconocen este punto para ocuparlo ó no, segun convenga; para conservar aduana en Dancharinea dejó á Prendergast con seis batallones, porque aquella posición es malísima; si no paso pronto el Bidasoa volveré sobre Velate, combinado con Primo, porque

en Vera no puedo surtirme de víveres. Sin embargo, si V. E. opina otra cosa sírvase decírmelo (1).» No podía ser mas grave el contenido de este parte, que evidenciaba la crítica situación en que se hallaba aquel distinguido jefe liberal, y que aun pudo empeorarse.

En este mismo día 17 algunas compañías navarras cayeron sin disparar un tiro sobre las fuerzas liberales que ocupaban el alto de Auzcue, sosteniendo un rudo y sangriento combate de arma blanca, apoderándose de aquellas posiciones, experimentando unos y otros grandes pérdidas. Recogieron los carlistas 137 fusiles é hicieron 14 prisioneros. En la mañana siguiente atacaron las tropas de Campos á sus enemigos, aprovechando ocasión oportuna, por las tres Mugas, y Peñaplata, defendidas por cuatro batallones que se batieron bizarramente, dando y rechazando cargas á la bayoneta, hasta que cansados y quemado el último cartucho, despues de doce horas de fuego, se retiraron. Ocuparon los liberales el alto del Centinela, quedando libre el paso de los Pirineos. Había que dominar el alto de Arichulegui y Peñaplata, en cuyas empinadas cimas se guarecían los carlistas. Apoderado el general Blanco de las posiciones que rodean á Peñaplata, atacando á la bayoneta, se estableció en aquella elevada posición dominando el camino de Vera que facilitaba el avance de Campos, esperando sus órdenes en Enderlaza la brigada Navascués. Se batió el 19 á los carlistas poseionados del alto de las Palomeras, apoyando su flanco izquierdo en Francia, facilitó Navascués la marcha á la abandonada Vera, y el ejército de Navarra se dió la mano con las fuerzas procedentes de Guipúzcoa.

Primo de Rivera atacaba el 17 á Monte Jurra, cuyos defensores se fueron retirando por escalones y haciendo fuego, quedando poseionado el liberal de la falda de Monte Jurra, de los pueblos en ella asentados y del alto llamado Monverde, á costa de unas 400 bajas, no siendo muchas menos las de los carlistas. Trataron estos, guiados por Calderon, de recuperar al día siguiente á Monverde; mas no lo consiguieron, y quedó su jefe herido y prisionero. Se peleó bravamente y se derramó no poca sangre, enseñoreándose al fin de estas jornadas los liberales de las posiciones de Monte Jurra, en cuyas elevadas crestas anidan las águilas.

Las rivalidades que había entre corporaciones y personas carlistas revestidas de autoridad, fueron descendiendo hasta esas capas sociales en las que la educación ni la política ocultaban los sentimientos del corazón, y se manifiestan en lamentables explosiones. Existía á principios de febrero tal descontento y desmoralización en algunas fuerzas de Navarra, que tuvieron lugar feroces y repugnantes escenas.

Aun pérdida Santa Bárbara de Oteiza, esperaban los carlistas defender á Estella, confiando en las montañas que la rodean; perdido Monte Jurra era imposible la defensa y ni aun la conservación; así que Lizárraga consultó en seguida á Caserta y convocó junta de generales que acordó abandonar la plaza y fuertes, incluso el inaccesible Monjardin. El ayuntamiento, en tanto, oficiaba al jefe liberal que si pensaba entrar en Estella, el municipio saldría á recibirlo, y Primo de Rivera que había preparado algunos morteros para bombardear la ciudad, cumpliendo las órdenes del gobierno de «que antes de entrar en Estella la hicieran sufrir todo el rigor de la guerra,» en cuanto recibió el oficio del ayuntamiento consideró una inhumanidad cumplir lo que se le mandaba, y entró en la población santa de los carlistas, teatro á la sazón del robo y del pillaje, ejecutado por los mismos defensores.

Gran desorden reinaba en todas partes entre los carlistas, aumentaban las deserciones y cundía el desaliento en todos. En el consejo celebrado en Leiza el 23 se planteó francamente la cuestión diciéndose que se había llegado al último momento de la guerra y no quedaba mas recurso que presentarse al enemigo ó huir á Francia, si esto se podía, porque el intentar lo acaso costara la vida. Se sublevaron algunas fuerzas gritando: ¡Mueran los traidores que nos han vendido! se insultó á Carasa y á otros jefes, á quienes se pretendió matar,

(1) Telegrama cifrado de Martínez de Campos al ministro de la guerra, fechado en Elizondo el 17 de febrero.

debiendo algunos su salvación á la velocidad de sus caballos: los vizcaínos pidieron á gritos volver á sus casas; las deserciones se contaban por centenares, y muchos de los que desertaban, á la voz de que *ya no hay generales*, robaban y atropellaban, llegando el caso de tener que sostener el fuego contra algunos grupos, resultando muertos y heridos.

En esta situación reemplazó Lizárraga á Caserta en el mando; dió el de la division de Vizcaya al marqués de Valde-Espina y el de la de Guipúzcoa á Egaña, creyéndoles con autoridad suficiente para reducir á la obediencia á vizcaínos y guipuzcoanos, y lo que consiguió fué sacrificar al segundo. Aconsejó Lizárraga á don Carlos tomase el camino de la frontera para resistir á su amparo, si aun se podía, ó entrar sino en Francia, y el 24 salió aquel señor de Santesteban, atravesó el puerto de Velate, y en medio de las aclamaciones de los castellanos, sus mas leales y consecuentes defensores y no los menos bravos, fué á Olagüe: allí tuvo tambien la satisfacción de encontrar otra brigada leal y bien dirigida, la valenciana de Boet, cuya disciplina era excelente.

La desercion de los navarros era hasta por batallones, sin que nadie tuviera el suficiente influjo para contenerlos: llamóles don Carlos á Vizcarret para pedirles cuenta de lo que ocurría, pero ya era tarde para usar de rigor. Trataron algunos de convenir con Quesada para salvar los fueros vascongados, mas nadie se atrevió á proponerle á don Carlos, que no se mostraba tampoco muy partidario de tales franquicias, por él y por todos los vascongados tantas veces infringidas, atropelladas y escarnecidas, por atender mas á la conveniencia que al respeto de unos fueros que les hacían acomodaticios.

Descompuesto el carlismo, como acabamos de ver, no era fácil que el consejo de generales presidido en Tolosa el 21 por don Alfonso, pudiera acordar operación á virtud de la marcha definida y plan del enemigo, porque no tenía ninguno serio: fué inútil aquel consejo. Las tropas liberales podían ir sin inconveniente á todas partes; sin obstáculo alguno fué Campos solo á Hernani, y el rey el 22 á San Sebastian, recibido con arcos de triunfo y aclamaciones: regresó el 24 á Tolosa, donde se presentaron hasta 6 batallones carlistas, habiéndose entregado otros 2 á Campos en Berástegui, procedentes de las fuerzas que aun pretendieron disputarle el paso, y no consiguieron los oficiales que los soldados hicieran fuego: en su marcha á Pamplona se acogieron á indulto hasta 9 batallones, además de compañías sueltas.

Por Alsasua marchó el Rey á Pamplona, recogiendo en el trayecto cañones y pertrechos de guerra, y don Carlos que había ido el 26 á Burguete, no muy activamente perseguido, acompañado solo de los batallones castellanos, tan unidos, tan leales y tan resueltos como siempre, fué el 27 á Valcárlas, y ya en la frontera de Francia se despidió de aquellos fieles y valerosos restos de su ejército, que formaron en la carretera de Valcárlas al puente de Arnegui, límite del territorio español: los vítores y aclamaciones ahogaban los sonidos de las trompetas y clarines que tocaban la marcha real; conmovióse don Carlos y se conmovieron todos, y cuando pisó el suelo extranjero y dió el adios á España, el dolor embargaba la acción de unos, la desesperación hacia á otros romper las espadas y arrojar los fusiles, y los franceses contemplaban absortos aquella escena de lealtad y firmeza, asombrándose de ver desfilar silenciosamente aquellos miles de hombres que habían ayudado á sostener por espacio de cuatro años una lucha verdaderamente titánica. Recibido don Carlos por el subprefecto de gran uniforme, las tropas francesas formadas le tributaron honores régios. En Pau dió un manifiesto á los españoles y una alocucion al ejército.

El general Blanco llegó á poco á Valcárlas, empujando á los que emigraban y recogiendo los rezagados y 25 cañones, etc.; la brigada Bargés quedó guardando los valles del Roncal y Salazar hasta la refundición de los ejércitos de derecha é izquierda en el del Norte.

Las fuerzas que quedaban á Pérula y otros jefes navarros se dirigieron á Francia, donde penetraron el 28 por San Juan de Pié del Puerto, hostilizadas algunas de estas fuerzas por los naturales del país.

Expatriados unos carlistas, presentados otros, aun queda-

ba en pié ostentando la bandera de don Carlos el castillo de Poblacion, á cuyo gobernador don José María Montoya se le ofrecieron 25,000 duros por la entrega de aquel fuerte, lo cual rechazó dignamente, y se sostuvo hasta el 2 de marzo.

Despues de visitar don Alfonso el teatro de la guerra desde Pamplona á Estella y Logroño, fué á Vitoria y por Durango á Bilbao, recibido en todas partes con grandes demostraciones de entusiasmo, inspiradas por la deseada paz, y tratando los vascongados que se olvidaran recientes desgracias para que se tolerasen antiguos fueros. Al dejar la tierra vascongada firmó en Somorrostro el escrito que fué el anuncio de la muerte de los fueros que aun existían en esta nación de tantos antiguos privilegios, que si pudieron ser un día justo testimonio de régias mercedes, hoy estorbaban la unidad nacional que constituye la grandeza de los pueblos modernos (1). Al regresar por Valladolid á Madrid, al frente de una gran parte del ejército, en representación de todo él, hizo su entrada en la corte en medio de las mas grandes demostraciones de entusiasmo.

La conclusion de la guerra, tan esperada para unos é inexplicable para otros, fué un hecho natural, dados los muchos y valiosos gérmenes de muerte que el ejército carlista llevaba en su seno. Los que en un principio arrostraban contentos los

(1) Tiene importancia este documento por sus consecuencias; dice así: «Soldados: No puedo alejarme de vuestra presencia sin manifestaros la profunda gratitud de mi alma. Merced á vuestro esfuerzo ha sucedido á la proclamación de mi nombre, primero, el predominio de nuestras armas, y despues la terminación de la guerra civil. Vuestras virtudes militares han restablecido la paz, y me han alcanzado el título mas glorioso á que puede aspirar un monarca.

»Cuando ayer, en tierra extranjera, contemplaba lleno de angustia la discordia y ruina de España, solo me consolaba el considerarme de todo punto ajeno á tanta desventura. Hoy aquel triste consuelo, lo habeis convertido en inmenso júbilo, dándome ocasión de remediar desgracias, acontecidas en mi ausencia, y de enjugar lágrimas que, gracias al cielo, no han corrido por causa mia. Debo á la Providencia el haber permanecido lejos del mal, y á vosotros la pura satisfacción de haber contribuido á su remedio.

»Gracias, soldados. Grabados quedan en el corazón de vuestro rey los rudos sacrificios de que habeis dado tan constante ejemplo en la presente guerra. Dios hará que no sean estériles para el bien. Su recuerdo no se apartará nunca de mi memoria: él me estimulará constantemente á cumplir como bueno los altos deberes que la Providencia me ha confiado, y mantendrá viva mi fe en el porvenir de la patria, que bien merece y puede alcanzar un poco siquiera de bienestar y sosiego la que es madre de tan honrados hijos; y harto demuestran los recientes sucesos, que las enconadas pasiones, contrarias á la salud de la patria, no han inficionado el corazón del pueblo español, que afortunadamente en los grandes conflictos, aparece siempre, como hoy en vosotros, valeroso y sencillo, lleno de abnegación y bravura, sensible á los estímulos del pundonor y de la gloria, y enriquecido, en fin, de todas las cualidades que forman soldados dignos de este nombre, y capaces de garantizar este ejemplo y la prosperidad de las naciones.

»Mejor asunto merecían vuestras proezas que el funesto que os ha dado la guerra civil. Horrible guerra en que el golpe que se da y el que se recibe, todos causan dolor: desgracia superior á todas: y para mayor amargura de nuestros corazones, solo España le ofrece ya en el mundo, frecuentado teatro.

»Espero en Dios que no ha de repetirse; y si comun ha sido la pena, los beneficios de la paz que habeis conseguido, alcanzarán en cambio á todos los españoles, y á ninguno debe humillarle su derrota, que al fin hermano del vencedor es el vencido.

»Soldados: Los ásperos trabajos que habeis soportado, las continuas lágrimas que vuestras honradas madres han vertido; el triste espectáculo de tantos compañeros que gimen en el lecho del dolor ó descansan en el seno de la muerte; todos estos males, aunque espantosos y por todo extremo lamentables, quedan reducidos al espacio de una sola generación; pero fundada por vuestro heroísmo la unidad constitucional de España, hasta las mas remotas generaciones llegará el fruto y las bendiciones de vuestras victorias.

»Pocos ejércitos han tenido ocasión de prestar un servicio de tal importancia. Tanta sangre, tantas fatigas, merecían este premio.

»Soldados: con pena me separo de vosotros. Jamás olvidaré vuestros hechos, no olvideis vosotros, en cambio, que siempre me hallareis dispuesto á dejar el palacio de mis mayores para ocupar una tienda en vuestros campamentos, á ponerme al frente de vosotros, y á que en servicio de la patria, corra, si es preciso, mezclada con la vuestra, la sangre de vuestro rey Alfonso.

»Cuartel Real en Somorrostro, á 13 de marzo de 1876.»